en el arca invulnerable de nuestro pensamiento.

Quedan así respondidos los innumerables *amigos* que han venido sonriendo a traernos el guante de un reto bizantino que a ninguno de nosotros se ha lanzado.

JOSÉ MARÍA ZELEDON

La pluma del señor Zeledón fustigó duramente contra la empleomanía, y lo vemos, poco tiempo después, aceptando puestos públicos en distintos gobiernos. Primera inconsecuencia.

Fué enemigo acérrimo de la política, y en la hora presente está desempeñando una curul de diputado suplente y de papeleta oficial. Segunda inconsecuencia.

Y finaliza su *apostolado* arengando a las masas inconscientes para que asalten el almacén de «La Puerta del Sol» y se apoderen de las mercaderías que el pueblo ha tenido que pagar después. Tercera inconsecuencia.

¿Dónd está la moral de las ideas del señor Zeledón?

—

Respecto a mi humilde actuación en el campo de las ideas, puedo decirle al señor Zeledón que no he pretendido nunca ser *apóstol*, pero sí soy un convencido y tengo suficiente carácter para sostenerlas con altivez.

He difundido, en 12 años de residencia en Costa Rica, buena cantidad de lectura instructiva de los mejores escritores de ciencias sociales y estoy satisfecho de esta noble labor cultural.

Yo puedo presentar mis credenciales limpias de luchador, y eso me basta.

RICARDO FALCO

Flor de Miseria

Cansado una tarde de trabajar, me tendí en el suelo, en el ángulo de una casa de piedra; los rayos rojos del sol muriente hacían resaltar las grietas profundas y las manchas de barro.

En el interior de la casa, parecidos a las ratas en una cueva, hombres hambrientos y sucios se agitaban noche y día; tenían los cuerpos cubiertos de harapos y sus almas estaban tan sucias como ellos.

Por las ventanas huía, semejante a la humareda espesa y lenta de un incendio, el rumor sordo y monótono de la vida bullidora. Hundido en la somnolencia escuchaba este rumor melancólico.

De súbito, cerca de mí, de un montón de toneles vacíos y de cajones viejos, ascendió una voz dulce y delicada:

"Duerme, duerme, mi niño duerme.... El niño dormirá pronto...."

Nunca había oído en esta casa que las madres arrullaran a sus hijos con tanta ternura. Me levanté calladamente y arrojé la mirada detrás de los toneles. Una muchachita estaba sentada sobre una de las cajas....Inclinada, la blonda cabellera rizosa se balanceaba tranquilamente y cantaba con aire meditabundo:

«Duerme, duerme, angelín mío....
que mi mí pronto vendrá
trayendo ricos pasteles....»

Tenía entre las manitas sucias el mango de una cuchara de palo, envuelta en un trapo rojo, y la contemplaba con sus grandes pupilas. Tenía ojos hermosos, claros, dulces y tristes de una tristeza rara en los niños. Su expresión me hirió hasta tal punto que no reparé en la tosquedad de la cara y de las manos.

Por encima de la niña, como nubes de ollín y de ceniza, pasaban gritos, injurias, reír de borrachos, lamentos.... En torno suyo, sobre la tierra fangosa, todo estaba destrozado, mutilado, y los rayos del sol muriente teñían de rojo los restos de las cajas rotas, y prestaba la apariencia lúgubre de las ruinas de un gran organismo deshecho por la mano implacable de la pobreza.

Hice un movimiento involuntario; la niña me advirtió; su cuerpo sufrió un estremecimiento y sus ojos sospechosos se achicaron. Se encogió por completo como un ratoncito ante un gato. Yo miré sonriendo su cara tímida, triste y mugrienta. Apretó fuertemente los labios y sus delgadas cejas temblaron.

Se levanta, sacude su traje desgarrado y descolorido, guarda la muñeca en el pecho y con voz clara me pregunta:

—¿Qué miras?

Tendría once años; era débil, ruin... Me mira fijamente.

—Y bien — continúa después de una pausa—; qué quieres?

—Nada... Diviértete... Me voy...

Entonces da un paso hacia mí, su cara se enfurruña... y su voz alta y clara dice con repugnancia:

—Ven conmigo... Me darás quince copecks.

Al pronto no comprendo... pero me estremezco presintiendo algo horrible.

Se aproxima más a mí, se estrecha contra mi cuerpo y huyendo mi mirada continúa hablando con voz monótona y opaca:

—¡Vamos!... No tengo deseos de correr la calle buscando un hombre... Además no puedo salir... El querido de mi madre me ha vendido la ropa... para comprar aguardiente... ¡Vamos!

Dulcemente, sin hablar, rehuso. Ella me mira con aire sospechoso, como si no comprendiera; sus labios se mueven convulsos. Por fin, levanta la cabeza y mirando algo allá arriba con sus ojos claros y tristes, dice en voz baja y aburrida:

—Yo no hago aspavientos a na la.. Tú crees que como soy pequeña gritaré .. No temas... Antes, es cierto, gritaba mucho... Pero ahora...

Y sin terminar escupe con indiferencia.

Y yo me alejo llevando en el corazón un horror inexplicable y la clara mirada de estos ojos infantiles...

MÁXIMO GORKI

Còmo queremos aprender

No queremos estudiar creyendo que gozamos excepcionalmente de una ventaja social.

No queremos estudiar creyendo que el saber nos hará hábiles administradores de la razón en perjuicio del bien.

No queremos estudiar con el fin de conocer los caminos subterráneos por los que se puede escapar de la conciencia.

Queremos estudiar creyendo que concurrimos a un huerto mirífico donde la mayor belleza es el espectáculo de la ciencia—sol para todos.

Queremos estudiar para saber donde están hasta aquellos caminos de la locura heroica que pueden ahorrar tiempo para llegar al bello bien de la verdad fecunda.

Queremos estudiar para conocer el placer de responsabilidad que importa el placer de la libertad.

Y, así, fundar nuestra independencia.

VIA LIBRE

TRIBUNA DE LA JUVENTUD
PARA LA REPÚBLICA

Subscripción adelantada (4 números). ₡ 0.50
Número atrasado 0.20

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS
PARA EL EXTERIOR

Subscripción adelantada (20 números) $ 1.50 oro

Toda la correspondencia, giros y valores a nombre del Editor R. Falcó. Tel. 329, Apartado 638, San José, Costa Rica.

Administración: 7ª Avenida, Este, Núme 24

Buena Oportunidad

Casa contra temblores, de bahareque bien construida, vendo por bajo precio. Está situada 100 varas al Oeste de la Botica Española, o sea 350 varas al Sur del Observatorio.—Dirigirse a Enrique Mora en la Confederación General de Trabajadores.